— (1993) "La historia oral como historia desde abajo", en: *Revista Ayer*, N° 12, Marcial Pons Editor, España.

— (1993) "Historia oral, historia social", en: *Revista Historia Social*, N° 17, Valencia.

HOBSBAWM, Eric (1998) *Sobre la historia*. Ed. Crítica, Barcelona.

JOUTARD, Philippe (1984) "El tratamiento del documento oral", en: *Revista Debats*, N° 10, Valencia, diciembre.

— (1999) *Esas voces que nos llegan del pasado*. Ed. F.C.E., Bs. As.

— (1988) "Historia oral e historias de vida", en: *Cuadernos de Ciencias Sociales*, N° 18, San José de Costa Rica.

LULLE, Thierry; Pilar Vargas y Lucero Zamudio –coords.– (1998) *Los usos de la historia de vida en las ciencias sociales*, volumen 1 y 2, Ed. Anthropos, España.

MEYER, Eugenia (1996) "América Latina, ¿una realidad virtual? A propósito de Dora Schwarzstein", en: *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 1, N° 2, Bs. As., noviembre.

PASSERINI, Luisa (1978) *Storia orale, vita quotidiana e cultura materiale della classi subalterne*. Ed. Rosenberg & Séller, Turín.

PORTELLI, Alessandro (1991) "Lo que hace diferente a la historia oral", en: D. Schwarzstein (comp.) *La Historia oral*. Ed. CEAL, Bs. As.

— (1999) "Memoria y resistencia. Una historia (y celebración) del Circolo Gianni Bosio", en: *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, N° 4, vol. 10, Bs. As., julio.

SAMUEL, Raphael –comp.– (1984) *Historia popular y teoría socialista*. Ed. Crítica, Barcelona.

SCHWARZSTEIN, Dora –comp.– (1991) *La Historia oral*. Ed. CEAL, Bs. As.

THOMPSON, Paul (1984) "La historia oral y el historiador", en: *Revista Debats*, N° 10, Valencia, diciembre.

— (1988) *La voz del pasado*. Ed. Alfons el Magnánim, Valencia.

VILANOVA, Mercedes –comp.– (1986) *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral*. Ed. Antoni Bosch, Barcelona.

RECUERDOS DEL FUTURO

Pablo Francescutti[1]
La Razón

A primera vista, la llamada amnesia histórica parece ser un fenómeno que afecta únicamente a los hechos del pasado. Es bien sabido que, bajo el peso de circunstancias insoportables, un pueblo puede confinar determinados recuerdos ingratos en un rincón oculto de su memoria colectiva. A lo largo del último siglo, derrotas militares, colaboracionismo con el invasor y guerras civiles han proporcionado abundantes motivos para el olvido, voluntario o coactivo[2]. Sin embargo, aquí vamos a defender una tesis simétricamente inversa, la de que el olvido también atañe a acontecimientos aún no cumplidos y surte efectos parangonables a una suerte de "amnesia" del futuro.

La afirmación choca por su cariz contraintuitivo, pues, ¿cómo olvidar lo que aún no ha sido? Aceptarlo entrañaría dar por sentado el paso conceptualmente previo, la capacidad de recordar el futuro, esa red de niebla, fantasías y modo subjuntivo, partícipe de la existencia hipotética de los hechos por devenir. A tales pseudo hechos se les objeta que únicamente podrían originar pseudomemorias, una estela fantasmal, nada significativo, en suma. Ocurre que, ontológicamente, al futuro se le ha atribuido una inferioridad frente al presente y al pasado, los *loci* "fuertes" de la sensibilidad temporal corriente. Y sin embargo, así como los contenidos del presente se experimentan en su acaecer; y los del pretérito se viven en la evocación, dos experiencias inequívocamente reales, no es menos cierto que el futuro se aprehende igualmente en un acto real, el de la expectativa. Así lo entendía Husserl, para quien la percepción del tiempo se basa en "retenciones" y en su contrapartida orientada al futuro, las "protensiones", constituyendo los dos horizontes temporales de la conciencia (v. Gell: 1996:223 y ss.).

A poco que reflexionemos en el asunto, acabaremos por conceder que esa experiencia contraintuitiva no resulta tan extraordinaria como pudiera parecer a una primera impresión. Ensoñaciones, fantasías y proyectos acariciados en un momento dado son sus-

1 Sociólogo especialista en temas científicos en el periódico *La Razón*, Madrid.

2 La bibliografía sobre olvido y memoria colectiva es abundante. Una actualización se encuentra disponible en el número de la revista *Communications* dedicado al tema (1989-n° 49). También se puede consultar "Les Usages de l'oubli", AAVV, *Colloque de Royaumont*, 1987, París, Seuil.

ceptibles de quedar registradas por la memoria. Y en tal caso, nada las salvaría de sufrir la suerte efímera de recuerdos de eventos efectivamente producidos, y posteriormente sepultados en el olvido. Que algunas anticipaciones corrieron una suerte análoga lo ilustraremos con el caso de las traumáticas expectativas centradas en una Tercera Guerra Mundial con armas atómicas, y las tentativas por suprimirlas del imaginario social. Estos episodios amnésicos nos brindarán una vía de acceso a un campo poco explorado de la realidad social: la historia de los futuros pasados.

Amnesia del holocausto nuclear

La experiencia histórica indica que una dosis intolerable de desasosiego en una población en ocasiones redunda en la negativa a pensar en el asunto generador de la ansiedad. ¿Y qué más desestabilizante que la idea de la guerra global termonuclear, tan omnipresente a lo largo de la Guerra Fría? Que esa representación provocó un rechazo a pensar de forma sostenida en ella lo evidencian las repentinas y presuntamente inexplicables "lagunas" sobre la amenaza de conflagración atómica, registradas por fuentes diversas. Súbitamente, como obrando de consumo, los miembros de la sociedad estadounidense dejaron de hablar del asunto al menos en tres intervalos históricos: en el que va de 1946 a 1949; a mediados de los '50; y entre 1966 y 1970. Y ello sin que desapareciera o se debilitara el factor objetivo del riesgo de guerra, concretado en una carrera armamentista en constante crecimiento a lo largo del período abarcado.

Entender la necesidad de "olvido" tan notable exige hacerse una idea cabal de lo que estaba en juego. Desde los días siguientes al bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, la visión de una Tercera Guerra Mundial de consecuencias apocalípticas fue empañando poco a poco la perspectiva del mañana y el optimismo creado por la caída del nazifascismo. En los años sucesivos, periodistas, científicos, escritores, políticos y filósofos se aplicaron a ejecutar el "Gedanke experiment" de imaginar el resultado de una próxima contienda internacional librada con las nuevas y devastadoras armas. Retorno a la Edad de Piedra; exterminio completo de la Humanidad, subsistencia de escasas poblaciones en refugios antinucleares; degeneración de la especie humana en monstruos creados por las radiaciones, etc.; un caudal de visiones a cuál más terrorífica fue eclipsando los escenarios optimistas alimentados por la idea de Progreso[3].

Hoy cuesta valorar en su magnitud el impacto de tan lúgubres anticipaciones en la vida cotidiana. Como botón de muestra vale decir que, en abril de 1952, la intendencia

3 Esas visiones se expresan tanto en películas como *Five* (1951) y las peripecias de cinco supervivientes al holocausto nuclear en EE UU; a las especulaciones de la prensa sobre los eventuales efectos de un bombardeo en Nueva York (revista *Colliers*, 23-x-1948). El cine de ciencia ficción encontró una forma de aludir al desastre mediante las travesías al futuro, en donde los americanos contemporáneos tropezaban con los últimos supervivientes de una guerra nuclear (*Beyond the Time Barrier*, *Forbidden Planet*, etc.).

de Nueva York distribuyó 2,5 millones de chapas metálicas entre niños y adultos con el fin de identificar los muertos habidos tras un posible ataque nuclear por sorpresa (Winkler, 1993). Mientras los escolares de todo el país eran instruidos durante varios años consecutivos en ejercicios de defensa civil simulando la III Guerra Mundial, al calor de debates estratégicos aventurando si morirían 20 o 60 millones de habitantes. En Alemania Occidental, en 1955 la NATO ejecutó maniobras de guerra atómica donde se arrojaron 335 bombas nucleares "de fogueo" y se contabilizaron millones de bajas simuladas a los ojos de una pasmada opinión pública (Weart, 1988: 216). Y marcando el ritmo, el "tictac" mental del "Reloj del Juicio Final", el icono popularizado por la Asociación de Científicos Atómicos, cuyas manecillas que contaban los minutos que faltaban para la III Guerra Mundial se aproximaban y se alejaban al compás de la tensión internacional. Al menos en Estados Unidos y los países centrales resultaba prácticamente imposible sustraerse al influjo perturbador de estos escenarios futuristas[4]

Sin embargo, un cúmulo de evidencias da fe de los intentos de apartarlos de la mente. El primero se registró acto seguido del gran furor mediático inmediatamente posterior a Hiroshima, ora de tono alarmista u optimista; a finales de 1946 los estadounidenses optaron bruscamente por cambiar de tema, refiere Stephen Weart, un experto en las imágenes del terror nuclear (1988, pp. 134 y ss.). Tal era el miedo inspirado por las fuerzas atómicas que la gente prefería enterrar la cabeza en el suelo[5]. Los malos recuerdos retornaron de repente en 1949, cuando el estallido de la bomba A soviética agigantó la amenaza en ciernes, originando una nueva oleada de inquietud nacional. Al pánico el gobierno de Eisenhower respondió de forma dual: detonando la primera bomba H (muchísimo más destructiva), con el propósito de reforzar el sentimiento de seguridad; y con el lanzamiento en 1953 de la iniciativa "Átomos para la Paz", dirigida a eclipsar las visiones catastróficas con la promesa de un mañana de progreso pacífico.

En apariencias, esta política balsámica de garantías reales e imaginarias obtuvo cierto éxito. A mediados de los años '50, la sombra del holocausto termonuclear se retiró del primer plano del interés público y de muchas conciencias individuales[6]. El sello del olvido impreso en estas últimas se deja ver en las vivencias de personas ex-

4 El caso de América Latina merece un tratamiento aparte. La polémica de los ensayos radiactivos desatada entre 1954 y 1961 no tuvo al subcontinente entre sus participantes, como sí a África, Oceanía y Asia (los dos primeros concernidos por las pruebas atómicas realizadas por ingleses, franceses y americanos en sus territorios o vecindad, y los asiáticos, además, por su implicación en el enfrentamiento bipolar a partir de la guerra de Corea) Cfr. Wittner, 1993: 277 ss.

5 En 1948, los editores de periódicos debatieron en un encuentro la sorprendente falta de demanda de información atómica por parte del público. V. "Report of the Special Committee of the American Society of Newspaper Editors", en *Atomic Information Problems*.

6 El deseo de cambiar de tema se notó incluso entre los lectores de ciencia ficción. En esos años algunos aficionados expresaron su hartazgo de los relatos de guerras nucleares. El cansancio llegó a tal punto que en un editorial de enero de 1953 de la influyente revista *Galaxy Science Fiction*, "el editor Horace Gold anunció que por lo tanto iba a rechazar todas las historias de 'desastre atómico'" (Franklin, 1988:183).

puestas a la ansiedad nuclear de aquella coyuntura de confrontación mundial. El escritor Philip Wylie recuerda una cena en Baltimore (EE UU), en 1954, donde los comensales que habían viajado a Nueva York bromeaban sobre la abundancia en la ciudad de signos negros y amarillos indicando los refugios nucleares. Todos se quedaron estupefactos cuando Wylie observó que Baltimore estaba igualmente atestada de tales signos: El miedo era tan grande, reflexionó Wylie, que las mentes de los residentes se negaban a reconocer los signos de alarma que los rodeaban en su ámbito cotidiano (Weart, 1988:135)[7].

Otra manifestación de amnesia a gran escala aparece en la encuesta realizada por John Galtung en 1960 a escolares de distintas nacionalidades. El investigador descubrió que "son los países que más han sufrido la última guerra donde los estudiantes definen la situación de manera que el desastre no se repetirá, minimizando el peligro". Interrogados por la eventualidad de una III Guerra Mundial, un 80 por ciento de los estudiantes japoneses estimó que no se produciría, porcentaje que descendía al 55 por ciento entre norteamericanos y brasileños. "En el mismo orden de ideas parece altamente significativo de una voluntad de rechazo, en razón de la importancia de la angustia suscitada por la pregunta ¿Qué es la energía atómica?, el que sólo el 3% de los estudiantes japoneses respondan la Bomba A y el 60% una fuente de energía, en tanto que el 78% de los polacos responden la Bomba A y sólo 2% una fuente de energía. Y a la pregunta ¿Cuál es hoy el principal problema relativo a la energía atómica?, 2% de los japoneses responden: la guerra atómica, frente al 14% de los norteamericanos, el 10% de los franceses y el 23% de los polacos" (Guedeney & Mendel, 1973:42-43).

El último de los tres episodios de negación de la expectativa de la III Guerra Mundial se desarrolló a mediados de los años '60[8]. Se ha atribuido la recaída en la desmemoria al tratado de prohibición de pruebas nucleares atmosféricas de 1963, por el cual los ensayos pasaron a efectuarse en sitios subterráneos: el hongo nuclear desapareció de la vista y de la imaginación de los occidentales. A ello se añaden factores adicionales como la distensión subsiguiente a la Crisis de los Misiles Cubanos y la localización del conflicto en la guerra convencional de Vietnam, dos circunstancias que distrajeron a la atención pública de la pesadilla de Armagedón atómico.

Ni siquiera los expertos de mentes supuestamente frías escaparon de esta reacción. "Unos pocos psicólogos y científicos sociales observaron la cifra escandalosamente baja de estudios de las reacciones ante la idea de una guerra nuclear, y después del comienzo de la década de los '60, incluso el goteo de artículos de investigación cesó por completo. Una psicóloga observó que mientras trabajaba en este campo "experimentó una gran ansiedad sobre sus hallazgos y un continuado deseo de dejar de lado el tema". Otro psicólogo reveló haberse sentido "abrumado y asustado", con sueños perturbadores, y deseos de abandonar este estudio". Herman Kahn, el afamado autor de *Think the Inthinkable*, un texto abocado a diseñar eventuales escenarios de guerra nuclear, detectó negativas incluso entre los altos funcionarios comprometidos por su puesto a pensar en la guerra nuclear. Muchos de ellos rechazaban siquiera discutir la estrategia de disuasión porque sentían que una guerra con bombas de hidrógeno era, en una palabra, impensable" (Weart, ob. cit.: 267).

Las raíces de esa reacción han sido estudiadas por la psicología experimental. "Estudios de propaganda en laboratorio han demostrado que cuando la gente cree que no hay una acción eficaz que pueda tomar, las declaraciones dirigidas a inspirarles miedo pueden en cambio llevarlos a ignorar o minimizar la amenaza" (Weart, ídem). Coyunturas del estilo se daban con frecuencia en la Guerra Fría, alimentadas por los debates sobre defensa civil y refugios antinucleares, que filtraban en la opinión pública la futilidad de cualquier esperanza de salvación. La revulsiva presencia de un futuro de muerte y cenizas, combinada con la sensación de impotencia, impuso a la población la doble tarea de pensar continuamente en el Fin y seguir con la planificación de la vida cotidiana, dando por sentado que el mundo iba a continuar[9]. De prolongarse la dicotomía, se generaría un estado psicológicamente insoportable. El olvido ofreció una salida.

7 Una 'ceguera' paisajística similar se apreció entre los vecinos de la central nuclear de La Hague (Francia): " 'Desde mi casa yo no veo la usina (...) por lo tanto, estamos protegidos', declara un habitante de una aldea situada a unos pocos cientos de metros de la planta. Para vivir con lo nuclear es preciso olvidarlo, y para hacerlo nada es mejor que no hablar ni nombrar a esas centrales inquietantes. Los vecinos de la planta de tratamiento de combustibles radiactivos no la nombran. Cuando hablan de ella dicen 'la usina', sin más calificaciones, pero más frecuentemente dicen solamente 'allá arriba' o incluso 'la cosa' o 'eso', maneras de decir que implican, se ve bien, un deseo de alejamiento, una puesta a distancia. Y a ese lugar no nombrado intentan por toda clase de medios no verlo" (Zonabend, 1993:124).

8 En 1959, la encuesta Gallup reveló que el 64 por cientos de los estadounidenses consideran la guerra nuclear como el problema más perentorio de la nación; en 1964, esa cifra había caído a 16 por ciento; y poco después, el tópico desapareció incluso de los cuestionarios (Evans, 1988:167). "Entre 1964 y 1970, revistas y periódicos estadounidenses redujeron abruptamente su cobertura de los temas nucleares, mientras el número de libros alusivos a la guerra nuclear declinó sustancialmente (...) Según las encuestas, entre 1959 y 1965, el porcentaje de americanos que juzgaban la amenaza de guerra nuclear como el problema nacional más urgente bajó de 64 a 16 por ciento. Pronto el tema desapareció completamente de los sondeos", observa Wittner (1997:447), quien agrega que un fenómeno similar se observó en Canadá. Cfr. Mary P. Lowther, "The Decline of Public Concern over the Atom Bomb", *Kansas Journal of Sociology* (9), 1973, pp. 77-88; R. Paarlberg, "Forgeting about the Unthinkable", *Foreing Policy* 10 (1973), pp:132-140.

9 Desde principios de los años '50, observadores perspicaces venían notando que muchos ciudadanos se negaban a enfrentar la idea de guerra nuclear, y hacia mediados de los '60, ese mecanismo de defensa se había extendido por doquier. Weart refiere un experimento realizado por un psicólogo a mediados de los '50: le mostró a varias personas dibujos ambiguamente referidos a la guerra nuclear, y les pidió que construyesen historias a partir de los gráficos. Cuanto más explícitos y potencialmente aterradores eran los dibujos, menor era el número de quienes vinculaban la idea de guerra a esas historias. (Weart, 1988:266). Una década más tarde, "un profesor de instituto preguntó cada semestre a sus estudiantes acerca de esos sentimientos, y se encontró con un cambio. Aquellos que habían entrado en la adolescencia antes del bombardeo de Hiroshima admitían con franqueza su ansiedad, pero no así la generación siguiente. El profesor interpretó que todos los estudiantes eran intensamente conscientes del peligro, pero concluyó que éste se había hecho tan aterrador que lo negaban" (Weart, ídem).

género se vio investido de una función memorial. Museo dedicado a los recuerdos negados del futuro, su filmografía fungió de antídoto contra el olvido de ciertos mañanas imaginados. Mientras la gran mayoría de los ciudadanos quitaba al espanto del primer término del pensamiento, sus exageraciones no dejaron de recordarles los horrores al acecho; como mucho, mitigó su inminencia alejándolos décadas o siglos más adelante.

Su 'memoria', hay que decirlo, no fue inmune a cierta amnesia. Sus argumentos enseñan que, de forma unánime, las películas retrocedían ante el umbral de lo impensable: la extinción de la Humanidad. Es más, la insistencia en un tipo de "final feliz" en los años '50 (a cargo de nuevos Adán y Evan abocados a reconstruir la civilización tras la purificadora lluvia de fuego) delata la artimaña del género para mitigar el recuerdo de lo más espantoso. Una "laguna" persistente, pues ni siquiera en las postrimerías de la Guerra Fría los filmes se "acordarán" de escenificar el Fin de la especie. Mas estas restricciones no empañan su mérito de haber sido el medio de comunicación más "memorioso" del mañana apocalíptico, dentro y fuera de Estados Unidos.

Arqueología de futuros pasados

Olvido y recuerdo forman una pareja inseparable. El olvido es el "momento de la verdad" del recuerdo; en nuestro caso, del recuerdo del futuro. Por la negativa, el olvido del holocausto nuclear suministra un indicador del poder evocativo de lo que vendrá. Su poder deriva directo de la vivencia actual del mañana, claramente hipostasiada. Al asimilar el tiempo a una cosa, la modernidad creó las condiciones para que el porvenir fuera investido de un espesor temporal inédito, al punto de coexistir como una "realidad virtual" paralela al presente. La cosificación temporal ha llevado a ver en aquél un ente dotado de vida independiente. Una atribución imaginaria que, sin embargo, incide en las conductas de quienes creen en ella. La operatividad objetiva de los porvenires socializados se resume con una variación del teorema de Thomas: si el futuro imaginado por los sujetos es considerado por ellos real, entonces tendrá consecuencias reales.

Desde una perspectiva fenomenológica, un futuro tras otro ingresa en el presente sin apenas detenerse y sigue en una marcha imparable hacia el pasado. Estos futuros pasados parecen haber desaparecido; como si sólo existiesen virtualmente cuando figuraban en el horizonte del porvenir, viéndose reducidos a la nada al salir de él.

No es así. Sostenemos que en la práctica subsisten en la memoria colectiva, junto con los pasados *pasados*. Los aparentes olvidos proporcionarían un síntoma revelador, dicho en términos freudianos. A la sociología le tocaría ejercer el papel del psicoanálisis social, interrogando a la memoria colectiva acerca de sus futuros olvidados.

Cada presente tiene un futuro y un pasado (o varios), y a ambos los cancela la llegada de un nuevo presente (cuándo se consuma exactamente la cancelación es algo problemático, a la vista de las aporías del presente acerca de su naturaleza puntual y duración efímera). Aunque nada impide a un futuro sobrevivir al correr de los presentes y seguir marcándole el norte a más de una generación. La estabilidad relativa del horizonte temporal se perfila un requisito básico para la estabilidad social.

Acabamos de ver cómo un escenario posible, la III Guerra Mundial, logró persuadir de su inminencia al extremo de inducir su negación. Finalmente, ese futuro fue cancelado, pasando a los anales como un impresionante "espejismo histórico" (Sabin, 1983). El caso nos pone frente a un mecanismo de olvido parangonable al que actúa sobre el pasado. Y nos advierte que la amnesia no fue completamente espontánea. La imaginación futurista, al igual que la memoria, es un campo de luchas; y en ella se han grabado los intentos por lograr que la población "olvidara" las perspectivas ominosas. Percatarse de esta "guerra de mundos posibles" abre un campo prácticamente virgen, apenas hollado por los estudiosos del pensamiento utópico, cuyos censos cronológicos de las utopías prefiguran la arqueología de los futuros pasados que aquí se propone.

A esta sub-disciplina, una rama de la más comprensiva sociología del futuro, le cabría exhumar los futuros olvidados (la inmensa mayoría). Bajo su luz, el análisis se aplicaría a precisar las pautas de la imaginación del mañana de una fase histórica dada, un saber que repercutiría en el mejor entendimiento de la misma, cuyos porvenires marcaron el norte de su dinámica social. Operando de tal modo, la arqueología del futuro abriría un surco paralelo al de los estudios dedicados a la reelaboración de las historias nacionales y la invención de la tradición (cfr. B. Anderson). Un digno ejemplo de su fecundidad ya está disponible: es el meticuloso análisis de otro "espejismo histórico", la conquista del espacio y sus escenarios, realizado por el historiador H. McCurdy (1997).

Decir, por último, que la pesquisa en el "agujero de la memoria", o mejor dicho, de la anticipación, presenta un atractivo adicional: el de conducirnos de vuelta a los futuros del presente: en concreto, de los presagios de la Guerra fría al imaginario de inseguridad cristalizado en Estados Unidos a resultas de los atentados a las Torres Gemelas. Con la ayuda de los medios de comunicación, los estadounidenses asisten con una sensación de *déjà vu* a la reaparición de futuros atemorizantes que se creían cancelados[13]. Las pesadillas de ataque nuclear por sorpresa y de guerra biológica de los años 50 y 60 han regresado por sus fueros, en una regresión al revés (se vuelve a vivir un porvenir pasado), la señal inequívoca de que tales escenarios nunca se habían ido del todo.

---

13 Una muestra de los puntos de contacto entre aquellas pesadillas de indefensión y las actuales la proporcionan las ilustraciones del bombardeo atómico de Nueva York publicadas por la revista *Colliers* en octubre de 1948. Acompañando un artículo sobre el riesgo de que EE.UU. fuera apuntado desde bases lunares enemigas, las dramáticas imágenes del célebre ilustrador Chesley Bonestell mostraban dos cabezas atómicas explotando cerca del edificio Empire State una, y sobre Queens la otra.

Bibliografía

CLARKE, I. F. (1992) "The many shapes of the wars to come", en: *Futures*, junio.

EVANS, J. (1988) *Celluloid Mushroom Clouds. Hollywood and the Atomic Bomb*. Westview Press, Boulder.

FRANCESCUTTI, P. (2000) "La construcción social del futuro". Tesis doctoral depositada en la Universidad Complutense de Madrid, Madrid.

FRANKLIN, H. (1988) *War Stars. The superweapon and the American Imagination*. Oxford University Press, Nueva York.

GAUTHIER, A. y H. P. Jeudy (1989) "Trou de mémoire, image virale", en: *Communications* nº 49.

GELL, A. (1996) *The Anthropology of Time*. Ed. Berg, Oxford.

GUEDENEY, C. y G. Mendel (1973) *L'angoisse atomique et les centrales nucléaires*. Ed. Payot, París.

HIRANO, K. (1996) "Depiction of the Atomic Bombings in the Japanese Cinema during the U.S. occupation Period", en: Broderick, M. (ed.) *Hibakusha Cinema. Hiroshima, Nagasaki and the Nuclear Image in Japanese Films*. Ed. Kegan, Londres.

KOSELLECK, R. (1985) *Futures Past. Of the Semantics of Historical Time*. Mit Press, Cambridge.

MCCURDY, H. (1997) *Space and the American Imagination*. Smithsonian Institution Press, Washington.

SABIN, P. (1983) "World War Three: A Historical Mirage?", en: *Futures*, agosto.

WEART, S. (1988) *Nuclear Fear, A History of Images*. Harvard University Press, Cambridge.

WINKLER, A. (1993) *Life under a Cloud. American Anxiety About the Atom*. Oxford University Press, Nueva York.

WITTNER, L. (1997) *Resisting the Bomb. History of the World Nuclear Disarmament Movement*. Standford University Press, California.

ZONABEND, F. (1993) "Au pays de la peur deniée", en: *Communications*, nº 57.